

Barcelona, Julio de 1936

Un destello de otro mundo



Prometeo Ediciones
Colección Libelos #8

BARCELONA, JULIO DE 1936

Un destello de otro mundo

En el 90º aniversario de la Revolución social de 1936.

Extraído de *Barcelona 19th July 1936. A glimpse into the elsewhere.*

Elephant Editions, julio de 2021.

Traducción y correcciones: UNA.

Diseño: EPIMETEO.

Ilustraciones: JOSÉ LUIS REY VILA «SIM».

Impreso en Barcelona. Verano de 2026.

¿Por qué iban a entusiasmarse por una guerra para salvar la democracia cuando sabían que el mismo eslogan había matado a diez millones de hombres y herido a veinte en la última guerra y que sus cadenas solo se habían apretado más alrededor de sus piernas y manos?

EMMA GOLDMAN.

Carta a Mariano R. Vázquez «Marianet».

Febrero de 1939



BARCELONA, JULIO DE 1936

Un destello de otro mundo

Palabras previas	7
¡Barcelona es nuestra! {Miguel García}	17
19 de julio en Barcelona { <i>Tranquillo</i> (Giuseppe Ruozzi)}	51
Cartas desde España { <i>Vedetta</i> }	63



PALABRAS PREVIAS

Los tres textos que leerás a continuación fueron escritos en los primeros días de la revolución y la guerra social iniciadas en julio de 1936. Lejos de ofrecer una mirada retrospectiva o académica, transmiten la inmediatez de quienes vivieron aquellos acontecimientos en pleno desarrollo, entre la euforia insurreccional, la derrota parcial del golpe militar y las primeras tensiones en el seno del campo antifascista.

Las crónicas de Miguel García García, *Tranquillo* —Giuseppe Ruozzi— y *Vedetta* muestran distintas sensibilidades del movimiento anarquista, pero comparten una misma preocupación: que la lucha contra el fascismo no se reduzca a la defensa del orden republicano existente, sino que abra el camino hacia una transformación revolucionaria de la sociedad. En ellas aparecen ya cuestiones que atravesarán toda la experiencia revolucionaria en el territorio: el problema del pueblo armado, la militarización de las milicias, la relación entre revolución y guerra, el papel del Estado y las contradicciones del Frente Popular.

Más allá de su valor testimonial, estos textos permiten acercarse al clima político y humano de aquellos días: las barricadas todavía levantadas en las calles, las

colectivizaciones espontáneas, la solidaridad inmediata y también el rápido retorno de mecanismos de control, disciplina y autoridad.

Leídos hoy, conservan la intensidad de una palabra escrita en medio de los acontecimientos, cuando el desenlace seguía abierto y la revolución parecía, todavía, una posibilidad tangible.

Anarquistas de Prometeo.

Verano de 2026



BARCELONA, JULIO DE 1936

Un destello de otro mundo



Art. 100. 1881

La mayoría de los trabajadores habían acudido apresuradamente a los locales sindicales de la CNT y, desde allí, generalmente armados con poco más que herramientas de trabajo y utensilios domésticos —hachas, hachuelas, cuchillos—, rodearon el edificio del gobierno militar. A sus 28 años, veterano de muchas luchas, Miguel reunió a sus amigos en la plaza Real y se dirigieron en la dirección opuesta, subiendo por Las Ramblas hacia la Barcelona acomodada, asaltando las armerías. Recogieron un impresionante arsenal siguiendo una lista preparada de tiendas de artículos deportivos y después se dirigieron a la Plaza de Colón.

(Hubo un momento de tensión cuando pasaron junto a un escuadrón armado de la Guardia Civil: tanto seguir adelante como dar marcha atrás podía significar recibir un disparo por la espalda. Desafiantes, siguieron avanzando, gritando las consignas de la CNT. La Guardia les saludó. Era leal al Frente Popular... no hasta el punto de marchar a la plaza para combatir a los rebeldes fascistas, pero sí hasta el punto de obedecer pasivamente a cualquier gobierno que hubiera).

ALBERT MELTZER



[...] Incluso los sacerdotes y frailes no mostraban compasión alguna, ametrallando al pueblo desde sus conventos e iglesias. Un hombre gravemente herido tuvo que permanecer tendido en el suelo durante largas horas sin recibir ayuda, porque las enfermeras del hospital cercano eran tiroteadas desde las ventanas de un convento y se vieron obligadas a suspender los intentos de rescate.

La gente acabó perdiendo la paciencia y prendió fuego a todos los conventos e iglesias. La catedral se salvó, pero el palacio episcopal fue pasto de las llamas. El fuego purificador duró varios días, mientras la alegría del pueblo continuaba. Al menos nueve décimas partes de las iglesias y conventos de Barcelona no son ahora más que ruinas.

TRANQUILLO



¡BARCELONA ES NUESTRA!

Miguel García

Miguel García García fue un militante anarquista. Desde muy joven miembro de la CNT creció en el ambiente obrero barcelonés. Tras la derrota republicana siguió en la resistencia clandestina antifranquista. Participó en redes de paso y falsificación, ayudando a perseguidos y resistentes a cruzar fronteras durante y después de la Segunda Guerra Mundial. En 1949 fue detenido por el franquismo, condenado a muerte y después su pena fue conmutada por veinte años de cárcel. Pasó aproximadamente dos décadas preso. Tras salir de prisión acabó exiliado en Londres y colaboró con círculos anarquistas internacionales. Este texto es un relato autobiográfico integrado después en *Miguel García's Story*, editado por Albert Meltzer y publicado en 1982. (*N. de lxs E.*).



¡BARCELONA ES NUESTRA! Eso era lo que gritaban al final de aquel día ya famoso, el 19 de julio de 1936. Por todas partes ondeaba la bandera rojinegra de la CNT. Las bandas tocaban en Las Ramblas. La gente estaba delirante de entusiasmo. Habían respondido al fascismo mundial y lo habían hecho tambalearse.

Fue el día anterior cuando llegó la noticia, tan esperada desde hacía tiempo. El Ejército había decidido acabar con la República. Estaba llevando a cabo un golpe de Estado. La Falange proclamaba que había llegado la hora en que España sería transformada en un Estado fascista.

Durante tres años habíamos leído con horror las atrocidades sin precedentes cometidas en Alemania: el terror contra los adversarios políticos, el pogromo lanzado contra los judíos, la transformación del país en un Estado de guerra. Sabíamos que los generales españoles no vacilarían en hacer lo mismo con nosotros. Habían aprendido, con la misma convicción con la que los nazis enseñaban que los judíos eran *inferiores*, que el pueblo era *escoria*. No podíamos esperar ninguna misericordia de

ellos. Guiados por la Falange, representarían una fuerza mucho más peligrosa que cualquiera a la que nos hubiéramos enfrentado antes.

Había quedado con algunos amigos del movimiento sindicalista aquella noche de sábado. La mayoría pertenecía al sindicato del transporte. Como muchos otros en la ciudad, habían improvisado sus propios planes a lo largo del día. Yo les dije que contactaría con otros compañeros del sindicato de hostelería. Su local estaba cerca de la Capitanía General, junto al puerto, a un lado de Las Ramblas. Desde el balcón casi se podía tocar la Capitanía. Desde allí se veía el puerto y la Escuela Naval, cerca de Vía Laietana; y, a la derecha, dominando el agua, estaba el Gobierno Militar, frente a los cuarteles de Atarassanes.

Más hacia el oeste y en dirección a la parte nueva de la ciudad estaba la Plaza Catalunya, una inmensa explanada abierta; elevándose sobre la ciudad vieja se alzaba el Monumento a Colón, una gran torre coronada por una cúpula desde la que podía contemplarse toda la ciudad antigua.

Los rumores corrían por todas partes cuando llegué a la sede sindical temprano el domingo por la mañana. Mucha gente caminaba por las calles como si presintiera que había vivido su última noche de paz durante muchos años —o, para algunos, para siempre—. Sentíamos que el Ejército debía moverse pronto. Y esta vez no podía ser

como en 1934, cuando los acontecimientos pasaron por delante de nosotros sin que pudiéramos intervenir.¹

1. La noche del 6 de octubre de 1934, el presidente de la Generalitat, Lluís Companys, proclamó desde el balcón de la Generalitat el «Estado Catalán de la República Federal Española». No declaró la independencia total, sino una especie de ruptura federal contra el gobierno central de Madrid. El general Domingo Batet, jefe militar en Cataluña, permaneció fiel al gobierno republicano central y rodeó los edificios de la Generalitat. Hubo tiroteos y barricadas en algunos puntos, enfrentamientos armados limitados, participación de sectores de ERC, Estat Català y grupos obreros, pero no una insurrección obrera generalizada. La CNT, muy fuerte en Barcelona, no apoyó plenamente el levantamiento porque desconfiaba tanto de la Generalitat como de los republicanos catalanistas. Tras unas diez horas Companys se rindió, el gobierno catalán fue detenido, la autonomía catalana quedó suspendida, y muchos militantes fueron encarcelados.

Murieron varias decenas de personas. Los hechos de octubre de 1934 dejaron una huella enorme: radicalizaron aún más el clima político, reforzaron la idea de que la República podía usar el ejército contra movimientos populares, aumentaron la desconfianza entre anarquistas y republicanos, y anticiparon muchas tensiones que reaparecerían en 1936-37. Para muchos anarquistas, octubre del 34 confirmó que los gobiernos republicanos podían reprimir igual que la derecha, y que la

La prensa de derechas no ocultaba su deseo de un Estado fascista. Elogiaban a Mussolini y a Hitler a diario. El fascismo clerical de Austria los entusiasmaba. Pero algunos decían: «¿Qué posibilidades tenemos?». La guarnición de Barcelona ocupaba los cuarteles que rodeaban la ciudad. Podían cercarla en muy poco tiempo y hacerse con todo.

—Esta vez tienen que armar al pueblo —decíamos—. La República no puede escaparse de esto. Deben darnos armas o caer ellos mismos.

Pero nadie creía que fueran a darnos armas. El historial de los dirigentes republicanos no invitaba precisamente a confiar en ello. Hacían llamamientos al Ejército para que permaneciera leal; confiaban en la Guardia de Asalto y en los carabineros. Estos últimos —funcionarios de aduanas uniformados— siempre les habían sido fieles, mientras que la Guardia de Asalto era una creación propia del régimen: construida para combatir a los trabajadores y ahora dependían de ella para obtener cooperación. Pero las fuerzas estatales que seguían siendo leales no podían sustituir a un pueblo armado, y precisamente eso era lo que querían evitar.

Sin embargo, algunos trabajadores de la CNT decidieron que no caerían sin luchar. El sector mejor pre-

emancipación obrera no podía delegarse en partidos o instituciones estatales. (*N. de lxs E.*).

parado para la resistencia era el sindicato del transporte. Un grupo de nosotros, de la sección de hostelería, decidió ir hacia la ciudad vieja para intentar organizar el asalto a una armería. Así, al menos algunos conseguiríamos armas. Pero cuando bajamos por La Rambla vimos que no había transporte disponible. Había comenzado un motín.

—¡Muerte al fascismo! —gritaba la gente—. ¡A la horca los generales!

Volaban piedras, los escaparates saltaban hechos añicos. Una multitud se reunió, los gritos aumentaron, la gente se volvió más atrevida. Derribaban puertas de tiendas, saqueaban lo que podían, cogían lo que eran capaces de cargar, forzaban cajas registradoras, se peleaban entre sí por los mejores objetos. Los cinco que habíamos decidido seguir adelante con el asalto a la armería nos quedamos allí observando. No apareció ningún policía. La multitud se hizo aún más ruidosa; una tienda de vinos fue saqueada. Salté sobre una carretilla y empecé a hablar:

—¡Así no se combate al fascismo! Solo hay una manera: ¡con armas! ¡Dejad los juguetes de la burguesía y venid a asaltar las armerías!

Se escuchó un clamor de aprobación. Mis amigos y yo los guiamos hasta una tienda famosa llamada Beristany, do de los ricos compraban sus Remington y Winchester, escopetas de caza y revólveres.

La multitud golpeó la puerta enrejada... hasta derribarla. Muchos corrieron directamente hacia las cajas

registradoras. Mi grupo se abrió paso y empezó a armarse. Yo cogí una Remington nueva y carísima, y me llené los bolsillos de munición.

Mis amigos cogieron Winchester. La multitud empezó a calmarse. Bajo la luz de las farolas nos vieron armándonos con determinación. Dejaron de saquear dinero y comenzaron a pelear por las armas. Desapareció hasta el último fusil, hasta el último cartucho. Los hombres agitaban sus nuevas armas y vitoreaban. Antes eran una multitud desorganizada. De repente sintieron que eran una fuerza nueva. Habían llegado para saquear; se marchaban para combatir. En las siguientes veinticuatro horas, muchos de ellos morirían.

Volví a casa para esconder el arma y la munición. No quería pasearme por las calles con el fusil al hombro antes de que llegara el momento oportuno. Cuando mi madre me vio entrar con el arma en la mano, se acercó a mí. Pero no protestó. Recordé cuántas veces había intentado convencer a mi padre para que abandonara su militancia. Me sonrió.

—Ten cuidado hijo mío, me dijo.

La besé y le dije que no se preocupara. Después regresé a la sede del sindicato de hostelería. Enseñé mi carnet y entré. Había muchísima gente allí, todos discutiendo con entusiasmo los acontecimientos. El Ejército se había sublevado en toda España. La República hacía llamamientos a la lealtad. Los dos grandes sindicatos, la

CNT y la UGT, habían convocado una huelga general en todos los lugares controlados por los rebeldes. Exigían resistencia armada contra el fascismo.

Por toda Barcelona se habían producido incidentes parecidos al que yo había vivido. Los miembros de la FAI habían decidido armarse. Sabían que nadie iba a entregarles armas. En la multitud reunida en el local sobresalían armas por todas partes. Pero muchas eran viejos revólveres y solo unos pocos habían conseguido hacerse con fusiles de las armerías de la ciudad. Oíamos disparos, ráfagas de ametralladora, tiros de fusil y gritos a lo lejos. Eran las siete de la mañana del 19 de julio, y ya hacía calor. La ciudad despertaba y se agitaba.

Llevaba mi pistola conmigo. Decidí que necesitaba mi fusil. Reuní a algunos amigos y decidimos salir para averiguar qué estaba ocurriendo. Nadie más estaba resistiendo aparte de nosotros. Los miembros de la UGT permanecían impassibles en sus locales. Los socialistas escribían manifiestos.

Yo correría a casa a buscar mi arma.

Abrí la puerta del edificio sindical y miré al otro lado de la calle de la Mercè, hacia la enorme puerta trasera de la Capitanía General, de sólida madera reforzada con hierro. Había unos doscientos hombres en el cuartel general de la Capitanía. Algunos eran oficiales del Estado Mayor; el resto, tropas armadas. En el puente que conectaba la Capitanía General con la iglesia de la Mercè vi sol-

dados, a apenas unos metros de nuestro edificio. Me giré para hablar con el hombre que estaba detrás de mí, que llevaba una de las pocas carabinas que había en el local.

—Métetela por la pernera del pantalón. Si los soldados la ven desde ahí, te pegarán un tiro.

Pero él estaba orgulloso de su arma y no quiso escuchar.

—¡Seguidme... corred!, —grité, saliendo a toda velocidad del edificio, pasando bajo el puente y doblando la esquina, fuera ya de su línea de fuego. Escuché un grito.

—¡Suelta esa arma!

Y entonces sonó un disparo.

Volví corriendo. El hombre de la carabina yacía encogido sobre la calle, con el arma a unos metros de distancia. Gemía de dolor mientras la sangre brotaba de su pierna. Los soldados del puente le habían disparado. Miré hacia el oficial que estaba allí.

—Está herido. ¿Puedo llevarlo a la clínica?

—Sí, —dijo el oficial—. Pero entregad la carabina. Dejadla junto a la puerta.

Dejamos la carabina junto a la puerta, bajo el puente. La puerta se abrió, alguien la agarró desde dentro y volvió a cerrarse de inmediato. Lo llevamos rápidamente bajo el puente hasta un puesto de primeros auxilios utilizado por los trabajadores del puerto. Era el primer hombre de mi sindicato que derramaba sangre.

Ahora había mucha gente en las calles y aparecían armas por todas partes. Mujeres también. Ya no

podía esperar más. Le dije a mi amigo que aguardara en el puesto de socorro y corrí a casa, cogí mi Remington y toda la munición, y regresé junto a él.

Para entonces la batalla ya había comenzado. El local del sindicato del transporte estaba abarrotado.

Allí se habían concentrado trabajadores del transporte llegados de todos los rincones de la ciudad.

Durruti y Ascaso estaban allí, intentando organizarlos en grupos de choque mientras seguían llegando más trabajadores.

Llegaron trabajadores de hostelería: algunos aún con sus uniformes blancos de cocina; otros procedían de restaurantes de las calles estrechas o de los cafés de Las Ramblas; otros venían de panaderías y mataderos, algunos armados con cuchillas de carnicero y largos cuchillos de cocina.

Estaban dispuestos a defender el edificio con sus vidas. Parecía una tarea desesperada. Cada vez que uno de nuestros combatientes intentaba salir corriendo, arma en mano, para alcanzar una posición desde la que pudiera disparar contra las tropas, caía abatido.

Un camión blindado, improvisado apresuradamente por los ferroviarios, irrumpió por Las Ramblas hacia la vacía Plaza Catalunya para disputar el control de las calles. Había cadáveres por todas partes, y las balas disparadas zumbaban y rebotaban silbando por las calles.

No había manera de entrar en la Capitanía. Había

que dar un largo rodeo por Las Ramblas y las calles laterales para alcanzar la puerta trasera. Pero allí también había hombres armados cubriendo la calle.

Entonces se oyó el sonido de una ametralladora cerca. Venía de la cúpula del Monumento a Colón.

Había un fascista allí arriba, con arma y munición, dominando los espacios abiertos de la parte vieja de la ciudad. Estaba a unos treinta metros de altura y bien protegido. La gente permanecía agachada en las entradas de los edificios disparándole. Pero cualquier intento de acercarse era frustrado. Los tiradores caían abatidos.

Mientras nos uníamos a los tiradores llegó la noticia de que Francisco Ascaso había sido abatido y muerto durante los combates. Había caído cuando acudió a negociar la rendición de los cuarteles de Atarassanes, que habían mostrado bandera blanca. Era querido y respetado en toda la ciudad, y su muerte se sintió como un golpe personal.

Muchos que ya habían pasado tantas veces por el molino de la lucha contra ese mismo enemigo, rompieron a llorar al escuchar la noticia. Todos estaban furiosos. A medida que se extendía la noticia de su muerte, la rabia iba creciendo. Demasiados habían corrido la misma suerte.

—Esta vez —decían—, el resultado será distinto. Mi amigo Ángel, que estaba conmigo, me tiró del brazo.

—Parece que el combate principal está en Plaza

Catalunya. Ahí es donde más falta haremos. Ya hay suficientes para defender el local sindical.

Así eran las cosas: todo ocurría completamente sin dirección alguna. Nos habían cogido desprevenidos. Pero todos estábamos decididos a actuar por nuestra propia cuenta. Ángel y yo bajamos por La Rambla, esquivando de árbol en árbol cuando nos acercamos a la plaza, porque las balas volaban en medio de aquella gran batalla. Había hombres muertos tendidos por las calles y bajo los árboles, abatidos por francotiradores militares apostados en los tejados o por soldados situados en la plaza. Tuvimos la suerte de llegar a la plaza sin que nos alcanzaran. Me tumbé tras un árbol con mi fusil intentando averiguar qué estaba ocurriendo. Todo era confuso: gritos, alaridos y ráfagas de ametralladora.

Vi caer a muchos hombres. Fascistas —partidarios civiles del Ejército— y un pequeño grupo de soldados defendían la central telefónica, de donde los operadores habían huido. El tiroteo era intenso. Al otro lado de la plaza estaba el Círculo de Oficiales, donde se había apostado una unidad de tropas. Habían colocado una ametralladora en el vestíbulo y barrían la plaza con fuego cruzado.

Algunos hombres intentaban protegerse detrás de mulas muertas que yacían en la plaza. No había nada allí, ni un solo árbol, que sirviera de cobertura. Pero empecé a disparar, en parte para acostumbrarme a mi nue-

vo fusil y en parte para mantener agachadas las cabezas de los fascistas de la central telefónica.

Ángel y yo corrimos hacia la parte trasera de la central telefónica. Desde el Hotel Colón, al otro lado de la plaza, llegaban más disparos. Desde nuestra posición protegida reunimos a unos cuantos hombres y avanzamos hacia el hotel. Pero cuando nos pusimos en marcha nos detuvimos en seco.

La calle estaba llena de guardias civiles. Allí estaban: nuestro viejo enemigo. Cuatrocientos hombres armados con armas automáticas y fusiles. Todos sentimos que éramos hombres muertos.

Esperamos que abrieran fuego. Pero no lo hicieron. Nos hicieron señas para que siguiéramos adelante. Avancé despacio, con mi grupo detrás de mí. Pensábamos que nos dispararían por la espalda. Pero nos equivocábamos. Eran aliados. Habían permanecido leales al Gobierno republicano.

Resultaba difícil pensar que ahora tuviéramos amigos tan inesperados. Así eran las cosas durante los primeros días de la guerra civil. Las alianzas habían cambiado. No siempre era posible reconocer al enemigo.

Entramos en el edificio situado detrás del Hotel Colón. Era una casa de viviendas, con un banco en la planta baja. Subí corriendo el primer tramo de escaleras, irrumpí por la primera puerta y vi a tres hombres armados con pistolas. Los cogimos por sorpresa y se rindieron.

Tenían allí un pequeño puesto con pistolas y granadas. Algunos de los hombres que iban conmigo querían fusilarlos. Los detuve. En lugar de eso, después de desarmarlos, los encerramos y cerramos la puerta con llave. Al marcharnos, Ángel tiró la llave.

Ahora éramos nueve, todos armados. Subimos a la azotea, desde donde se dominaba el Hotel Colón. Los fascistas del hotel nos gritaron que no disparáramos justo cuando yo me disponía a lanzar una de las granadas que acababa de coger del piso inferior. Nos gritábamos por encima del estruendo de los disparos.

—Nos rendiremos, pero no ante vosotros, —gritó su portavoz—. Solo ante la Guardia Civil.

—De acuerdo, —respondí—. Dejad de disparar y traeremos a la Guardia Civil.

Bajamos a la calle y nos dirigimos al coronel que mandaba las dos compañías de guardias civiles.

Le dije que el puesto rebelde del Hotel Colón estaba dispuesto a rendirse ante él, y ordenó a sus hombres entrar en Plaza Catalunya para aceptar la rendición en la escalinata principal.

Pero cuando los guardias entraron en la plaza a la vista de la central telefónica, estalló una intensa ráfaga de disparos. Los guardias se lanzaron al suelo; nosotros también. Entonces respondieron con sus modernos fusiles Mauser, las mejores armas disponibles entonces en España. Disparé algunos tiros con mi Remington, pero la distancia era demasiado grande.

El tiroteo cesó de repente. Los guardias entraron en el hotel y desarmaron a los rebeldes que había dentro. Después la central telefónica dejó también de disparar. Un grupo de policías uniformados entró y se llevó a los fascistas. Los rebeldes de Barcelona empezaban a darse cuenta de que habían metido la mano en un avispero. Todo el pueblo estaba contra ellos. Temían caer en manos de los trabajadores y preferían rendirse ante las fuerzas del Estado, a las que conocían y que siempre habían estado de su lado.

También cesó el fuego de la ametralladora del Círculo de Oficiales. Reinó la calma en la plaza, interrumpida únicamente por los gemidos de un hombre herido que yacía detrás de un pequeño coche que habían empujado hasta la plaza y volcado para usarlo como barricada.

Fui con mi grupo al Círculo de Oficiales. Reconocí al joven oficial al mando; vivía cerca de mi casa. Entregó su pistola a los policías uniformados. Las mulas muertas de la plaza habían estado tirando de un pequeño carro de cuatro ruedas y los policías lo arrastraron hasta el club, ordenando a los soldados que arrojaran allí sus armas. Observé a uno de los soldados que llevaba un Mauser completamente nuevo. Le dije que me lo diera.

Se negó.

—Tú no eres uno de los policías republicanos. Eres uno de la chusma.

Le arrebaté el arma y forcejeamos por ella. Le gol-

peé con la culata de mi pistola y la soltó. Luego le ordené quitarse la cartuchera, que llevaba ciento cincuenta cartuchos. Lo hizo. Le lancé mi Remington a uno de los hombres de mi grupo, me colgué la cartuchera al hombro y miré a mi alrededor.

Así se estaba armando nuestro movimiento aquel día decisivo. En ninguna parte de España el Gobierno quiso entregarnos armas. Y, sin embargo, estaba amenazado de muerte por el Ejército y por el peligro de una intervención extranjera. Todo lo que conseguimos tuvimos que tomarlo nosotros mismos.

Junto al puerto se escuchaban gritos. Cogí un coche cercano, uno muy pequeño, y cuatro de nosotros nos metimos dentro como pudimos. Recorrimos aproximadamente un kilómetro hasta el puerto, pasando junto a grupos de gente corriendo, agitando pistolas y gritando noticias sobre sus éxitos por toda la ciudad. Sobre los vehículos escribían con tiza: CNT-FAI. Para entonces una parte de la ciudad ya estaba en manos del pueblo.

La policía uniformada había decidido permanecer junto a la República. No confiábamos en la Guardia Civil. A su paso se escuchaban vítores irónicos de:

—¡Viva la República!

Eran una fuerza militar que siempre se alineaba con el bando más fuerte, pero históricamente habían estado contra nosotros. Aunque en su mayoría aún no habían tomado partido claramente, todos creíamos que acabarían poniéndose del lado de la junta de generales.

Una vez llegamos al puerto encontramos otra multitud detrás del edificio del Gobierno Civil.

Delante había una gran explanada abierta que conducía al puerto. A la izquierda estaba la Escuela Naval y a la derecha la Capitanía General. En el balcón del primer piso de este edificio habían instalado un nido de ametralladora. Era imposible acercarse. El ataque contra los edificios importantes alrededor de la Capitanía estaba bloqueado por aquella posición avanzada.

Nuestro grupo observó la situación. Vimos algunas piezas ligeras de artillería colocadas en línea, a entre mil quinientos y dos mil metros de la Capitanía General. Habían sido llevadas allí como refuerzo para las tropas, pero los soldados habían sido rechazados. Los cañones simplemente habían quedado abandonados. Eran piezas del 75. Si conseguíamos alcanzarlas podríamos destruir el nido de ametralladoras con un solo disparo a tiro directo.

Les expliqué el plan a mis compañeros. Conduciríamos rápidamente hasta la protección de la Escuela Naval. Después yo correría hacia la línea de cañones.

Arrancamos. El coche salió disparado, pero a unos veinte metros del refugio de la escuela la ametralladora nos alcanzó. El conductor recibió un impacto grave en la pierna. El motor también fue alcanzado. Me lancé por la puerta trasera y corrí hacia los cañones. Me deslicé detrás del más cercano y me refugié tras el escudo pro-

tector mientras el ametrallador barría la explanada intentando alcanzarme.

Estaba aterrorizado.

Cuando me lancé al suelo sentí un dolor repentino. Me habían herido en la pierna. Me subí la pernera del pantalón y palpé la sangre. Pero no era una herida de bala. Solo una esquirla de piedra que había salido despedida. Nada importante.

Registré los cañones. En vano. Había cuatro piezas, pero ni un solo proyectil.

Mientras permanecía agachado, el ametrallador del balcón de la Capitanía barrió toda la línea de artillería al darse cuenta del peligro: si hubiéramos encontrado proyectiles habríamos podido devolver el fuego. Permanecí allí quince minutos, inmóvil, protegido por la base del cañón, mientras la ametralladora disparaba continuamente contra mí y lanzaba ráfagas dispersas por la explanada para rechazar a los grupos que, aquí y allá, intentaban un ataque frontal.

Desde donde estaba veía el coche destrozado que habíamos requisado. Uno de nuestros compañeros yacía en la calle junto a él. Los demás estaban protegidos junto a la Escuela Naval. Solo uno llevaba un fusil. No podíamos hacer nada.

Entonces, de repente, después de quince minutos, el ametrallador debió de pensar que yo estaba muerto. Cambió de objetivo y empezó a disparar hacia otro lugar.

Crucé la explanada a toda velocidad y alcancé el muro de la Escuela Naval, reuniéndome con mis compañeros y con otras personas refugiadas allí.

Les dije que debíamos sacar a nuestro amigo de allí. Volvimos a arrastrarnos por la explanada, lo cogimos y conseguimos llevarlo hasta la escuela. Lo metieron en otro coche y lo llevaron al hospital.

Nunca volví a verlo.

No sé qué fue de él.

Empezamos a discutir cuál sería nuestro siguiente movimiento.

—Volvamos a nuestro sindicato y veamos cómo están las cosas —dije.

Además, pensamos, quizá allí podríamos averiguar si era posible tomar la Capitanía General por la retaguardia. Salí corriendo, protegido por la Escuela Naval, hasta unos portales desde los que se podía ver la ametralladora pero mantenerse a cubierto gracias a las columnas. Allí contemplé una escena asombrosa. Bajando por Vía Laietana, cerca de Correos y a unos cincuenta metros de mí, avanzaba otro cañón del 75, arrastrado por uno de los hombres más corpulentos del puerto: Manuel Lecha.

Fue recibido con entusiasmo, y aquel día Manuel se ganó un apodo: *el Artillero*, un nombre que nunca perdería y por el que sería conocido cariñosamente en toda Barcelona. Volvimos a encontrarnos muchos años después. Fue juzgado conmigo en 1952.

Le grité que acercara el cañón hasta los soportales para silenciar la ametralladora.

—¡Ya lo sé, ya lo sé! ¡Espera, espera! ¡No estoy trayendo una pistolita de juguete!

Manuel colocó el cañón al abrigo de la elegante galería. Rugió el disparo y un trozo de una columna de mármol cercana saltó por los aires. Aquel impacto pudo verse durante muchos años. El segundo disparo dio de lleno en el blanco. Alcanzó de pleno el nido de ametralladoras.

Inmediatamente se rindió el Capitán General, un hombre llamado Goded. Aquello fue un gran éxito para nosotros. Éramos un grupo desorganizado, simples individuos que habíamos entrado en combate sin directrices de ningún mando; él, en cambio, era el jefe militar de Barcelona. Cualquier ataque coordinado contra el pueblo habría sido dirigido por él y por su Estado Mayor. Pero habíamos cortado la cabeza del tigre.

Semanas después, cuando se restableció el orden en Barcelona, Goded y otro general fueron ejecutados tras ser declarados culpables de alta traición por un tribunal militar. Había obedecido las órdenes de la junta de generales encabezada por el general Mola. En realidad, la conspiración militar había sido dirigida por el general Sanjurjo, con Mola como segundo. Ambos murieron en accidentes de avión muy al comienzo de la guerra civil.

Goded se encontraba claramente en una situación de traición al gobierno que había jurado defender.

Fue fusilado. Pero en aquel momento, tras rendirse, había quedado bajo custodia policial.

La zona del puerto se tranquilizó mucho después de la rendición de Goded. Grandes multitudes se agolpaban ante la Capitanía General, silbando y vitoreando mientras sacaban a los soldados y los desarmaban.

Entretanto, el Gobierno Militar se rindió a los Guardias de Asalto de la policía republicana. Todos marchamos hacia el cuartel general del Ejército y descubrimos que cinco oficiales estaban bajo protección policial. La multitud los reclamó y amenazó a los policías con arrebatarlos por la fuerza. Querían vengarse de las muertes del día. Al darse cuenta de que estaban en inferioridad numérica, los Guardias de Asalto entregaron a los oficiales. Los llevamos al sindicato del transporte para decidir qué hacer con ellos.

Celebramos una reunión en el piso superior junto a miembros del sindicato. Subí para preguntar qué debía hacerse con los oficiales. Yo no había querido llevármelos, pero, dado que era voluntad de la multitud, pensé que lo mejor sería que el sindicato decidiera. Mientras hablábamos oímos disparos.

Bajé corriendo y descubrí que los oficiales habían sido asesinados por la multitud que se acumulaba abajo, muchos de cuyos amigos y familiares habían muerto durante la rebelión. Aquello me sentó mal. Aquellos hombres habían sido ejecutados a sangre fría. Esa no era

nuestra manera de hacer las cosas. Pero era imposible razonar con la multitud.

—¡Barcelona es nuestra!, gritaban.

—¡No volverán a matarnos como siempre han hecho!

Ángel y yo salimos fuera, donde vimos a Durruti. No había visto lo que acababa de ocurrir, pero la multitud pronto se reunió a su alrededor. Tenía una personalidad extraordinaria y ya se hablaba de él como de un general del pueblo, alguien capaz de convertir aquella masa desorganizada en una fuerza de combate que salvaría España de sus enemigos.

Ángel, que trabajaba en los tranvías, conocía muy bien a Durruti porque ambos pertenecían al sindicato del transporte —Durruti era ferroviario— y los dos habían formado parte del Comité Nacional de la CNT. Empezó a hablar con él cuando nos enteramos de que la ametralladora situada en la cúpula había dejado de disparar.

—Iremos hasta allí si mantienes a raya a la multitud —dijo Ángel—. La plaza está vacía. Quizá el francotirador se haya rendido.

Aceptó y nos pusimos en marcha. La plaza estaba en silencio. Por si el fuego volvía a comenzar, nos protegimos detrás de una terminal de tranvía destrozada. Entonces vimos una bandera blanca ondeando en los cuarteles de Atarassanes, los mismos que la habían mostrado aquella mañana y que luego —por accidente o intencionadamente— habían disparado a Ascaso cuando se acercó a negociar.

No sabíamos si acercarnos o no. Pero aquella enorme plaza estaba completamente expuesta. Ya estábamos en su línea de fuego de todos modos. Avanzamos con cautela. Un joven alférez con gafas pidió la rendición.

—De acuerdo —dijimos—. Nosotros volveremos al Hotel Colón y cuando estemos allí podréis salir.

Al regresar hacia La Rambla vimos a la multitud esperando con ansiedad. Sonó un disparo en algún lugar. Até un pañuelo a mi fusil y grité desesperadamente a Durruti, porque aquel disparo había servido de señal para que toda la multitud frente al sindicato abriera fuego.

—¡Contenedlos! —gritamos.

Por eso Barcelona estaba llena de siglas. No era solo una explosión de entusiasmo sectario lo que nos llevaba a mostrar nuestros colores y afiliaciones. De otro modo habríamos acabado disparándonos unos a otros en lugar de disparar al enemigo. Lanzaron un gran rugido cuando vieron al alférez.

—Llevadlo al sindicato —dijo Durruti—. Francisco no puede resucitar...

Pero ya había perdido completamente el control de la multitud. El oficial, que hasta entonces se había mostrado arrogante, empezó a temblar. Estaba llorando. Era poco más que un muchacho.

—Nos unimos para defender al pueblo... —empezó a decir.

Una carcajada estalló entre la multitud y ahogó las palabras de Durruti.

—¿Dónde? ¿En Marruecos? —gritaban.

Un hombre con un fusil se abrió paso hasta el frente.

—¡Yo te enseñaré cómo se defiende al pueblo! —gritó.

Levantó el fusil y golpeó al alférez en la cara.

Pareció desaparecerle media cara. La sangre salió despedida a chorros. Otros golpes comenzaron a caer sobre él. Estaba muerto antes de que su cuerpo tocara el suelo. Estallaron vítores y gritos de celebración. Ángel García, Durruti y yo les gritamos que parasen, pero nadie escuchó. Entonces salieron dos soldados. Cruzaron la plaza corriendo. Durruti perdió también el control sobre la multitud que se lanzó hacia ellos. Les gritamos que se detuvieran, pero estaban enloquecidos de sed de venganza. Rodearon al alférez, burlándose, deformados por el odio.

—¡Tú mataste a Ascaso! —gritaban.

—¡Esperad! —gritó Durruti—. Francisco ha muerto...

—¡Sí! —lo interrumpieron—. ¡Aquí está su asesino! ¡Esta vez pagarán por ello!

—No os rebajéis a su nivel —empezó Durruti—. Combatidlos, no asesinéis como hacen ellos...

Poco a poco empezaron a calmarse. Los otros soldados permanecían inmóviles, aterrorizados.

Finalmente los dejaron marchar.

Junto a lo que había sido el quiosco de bebidas de

los tranviarios encontré a un joven soldado agonizando. Le habían disparado y le di un poco de ron.

—Quizá este sea el del nido de ametralladoras — dijo Ángel.

Pero no lo sabíamos. Tal vez fuera el hombre que había acabado con el ametrallador, un soldado que se había pasado a nuestro lado. ¿Quién podía distinguir en aquel momento entre amigo y enemigo? Gritamos pidiendo ayuda y los sanitarios acudieron corriendo para llevárselo.

Entonces estalló el pánico general.

El sonido de un avión en picado.

Un pequeño aparato monomotor giraba y ascendía sobre el mar. Se estabilizó, se dirigió tierra adentro y comenzó a descender, acercándose cada vez más. Abrió fuego y las balas golpearon la cúpula del monumento.

Más tarde supe que el piloto era Muntadas, un popular piloto acrobático de Barcelona. Había decidido por iniciativa propia atacar al francotirador del monumento. Pero había llegado demasiado tarde.

Todo el mundo pensó que era un avión fascista y salió corriendo a buscar refugio. Por suerte el piloto comprendió a tiempo el cambio de situación y se desvió.

Para entonces los disparos casi habían cesado, salvo alguna ráfaga aislada de francotiradores. Todo el mundo hablaba con entusiasmo de la victoria conseguida.

—Ahora ya veréis, Italia y Alemania entrarán para proteger a sus amigos —decían—. ¡Esto es la guerra!

Los periódicos socialistas y comunistas insistían mucho en esa idea. Habían formado el Frente Popular, que ahora tenía mayoría parlamentaria. Estaban convencidos de que si intervenían las potencias del Eje, sus aliados extranjeros harían lo mismo. En Francia gobernaba el Frente Popular, dirigido por los socialistas y apoyado por los comunistas. Y respecto a Rusia, ¿quién podía dudar entonces de que sería la primera en enfrentarse a Hitler?

Para entonces la ciudad vieja de Barcelona estaba completamente en manos del pueblo. Mientras nosotros habíamos estado combatiendo en la zona de Las Ramblas y el puerto, se había librado una gran batalla en el Paral·lel, la gran avenida que conectaba la ciudad antigua con la carretera de Madrid. García Oliver, Ricardo Sanz y otros habían organizado la construcción de una enorme barricada de adoquines levantada para impedir la entrada de tropas procedentes de los cuarteles de Lepanto.

Unos dos mil soldados de aquellos cuarteles marcharon contra las barricadas. Pero los oficiales no lograron ordenarles avanzar, a pesar de las órdenes del Capitán General. Muchos eran reclutas y no tenían ninguna intención de participar en aquello. Hubo algunos enfrentamientos y muertos. Pero al cabo de un tiempo las tropas retrocedieron.

En todas partes se repetía la misma pregunta:

—¿Qué demonios está haciendo este maldito Gobierno? ¿Por qué no entrega armas al pueblo?

Los arsenales del Gobierno seguían cerrados y protegidos contra la propia gente. El Ejército era la única autoridad legal capaz de abrirlos... y el Ejército estaba sublevado.

—¿Están esperando a que Hitler entre caminando o qué?

En Madrid, nos llegaban noticias de que las cosas iban bien. La sublevación había sido sofocada con facilidad. En la mayor parte del país el Ejército estaba cercado, encerrado en sus cuarteles e incapaz de hacer mucho más que resistir a la población que lo rodeaba, como ocurrió en el famoso asedio del Alcázar. Zaragoza era otra historia. Allí el Ejército tenía una fuerte presencia y combatía desesperadamente contra la CNT. Si el Gobierno hubiera entregado armas a la CNT, la guerra habría terminado en una semana. El poder ofensivo de los generales dentro de España había sido destrozado por trabajadores que ahora intentaban tomar los cuarteles. Era urgente entregar armas antes de que el Ejército de Marruecos entrara en acción. Allí tenían armas de sobra. Era una fuerza disciplinada, preparada. También contaban con mercenarios, aunque la mayoría consideraba impensable que, en una guerra civil entre españoles, unos generales de la derecha ultrapatriótica fueran a utilizar tropas marroquíes.

Dentro de Barcelona, la fortaleza de Sant Andreu se había rendido el día 21. De allí habían salido los cañones utilizados por Flecha. Pero alrededor de la ciudad aún quedaban fortalezas con más tropas. De hecho, aunque yo entonces no lo sabía, varias columnas militares habían salido para intentar reunirse con la Capitanía General, pero las detuvieron multitudes de miles y miles de personas, de las cuales solo unas pocas estaban armadas. Los soldados podrían haber pasado, pero únicamente a costa de una masacre general.

Eran tropas de reemplazo y no quisieron hacerlo. Entre aquella multitud podían encontrarse sus propios familiares. Tiraron las armas y confraternizaron con la gente. Los oficiales huyeron.

En algunos barrios la multitud incendió iglesias. Ocurrió por toda España. Durante años uno encontraba a un sacerdote gobernando con absoluta arrogancia y en estrecha colaboración con el gran propietario local. Si descubría que algún jornalero no acudía a misa el domingo y prefería pasar el tiempo en la taberna, llamaba a su mujer, la adoctrinaba y la advertía. Si el marido seguía sin acudir, al día siguiente, mientras esperaba junto a otros hombres —alineados como ganado para ser contratados por el terrateniente—, descubría que se quedaba sin trabajo. Muy pronto entendía el mensaje.

Y luego, cuando llegaban tiempos de agitación civil, una multitud saqueaba la iglesia. El sacerdote huía. Después, profesores de pelo canoso y gafas con montura

dorada escribían desde la tranquilidad de sus despachos en el extranjero que aquello era consecuencia de la influencia de los anarquistas españoles, quienes —agotados, cubiertos de polvo y sudor tras combatir a las autoridades— regresaban al pueblo y, con la voz rota por el cansancio, intentaban precisamente convencer a la multitud de que no participara en actividades tan inútiles.

¿Hubo atrocidades aquel día en Barcelona? Hubo varias.

En muchos casos la multitud asaltó los cuarteles de la policía armada y la Jefatura de Policía, lugares donde muchos habían sido golpeados y torturados. Naturalmente, no se andaban con contemplaciones a la hora de tratar con soldados o policías sublevados.

Pero en muchos casos la policía los recibía con tranquilizadoras declaraciones de lealtad a la República:

—Mantenemos nuestro juramento, somos leales a la Constitución. Ayer os teníamos detenidos, sí; era nuestro deber. Hoy nos enfrentamos a fascistas, rebeldes y traidores. Sabemos que sois anarquistas y que no queréis fuerzas policiales. Muy bien, pero debéis comprender que ahora tenéis aliados que sí creen en el Estado: republicanos, socialistas y comunistas. Nosotros servimos a la Constitución.

—¡Viva el Frente Popular!

Aquellos policías se mostraban incluso más diligentes torturando y fusilando a los prisioneros fascistas

que tenían bajo custodia. Muchos quizá ni siquiera eran fascistas; podían ser simplemente personas de clase media simpatizantes del Ejército o de la derecha. Pero la policía necesitaba demostrar entusiasmo para ocultar su pasado sospechoso y, aún más, su futuro incierto.

Más que nadie, insistían en que no se entregaran armas al movimiento sindical, que era la única fuerza que realmente estaba frenando al Ejército.

Antes de que terminara el día supimos que otra columna de tropas pensaba rendirse. Estaba en la avenida Diagonal, una gran vía a las afueras de la ciudad.

—¡Magnífico! —dije al enterarme—. Vamos a aceptar su rendición.

Allí había un joven capitán con doscientos hombres. Tenía mucha labia.

—No tenemos intención de luchar contra españoles —dijo—. Tengo órdenes de Goded, pero no pienso obedecerlas.

Le dijimos que Goded había sido capturado. Finjó sorpresa y alegría.

—Dejad que los hombres vuelvan a sus casas y junto a sus familias —dije—. La guerra contra españoles ha terminado para vosotros.

Más tarde podría haberme dado patadas a mí mismo por aquel error, el único que había cometido aquel día. El oficial probablemente ya sabía que Goded había sido capturado. Solo quería salir de una situación comprometida. Deberíamos haber mantenido a los sol-

dados con nosotros. Eran buenas tropas y su valor propagandístico habría animado a otros soldados a unirse a nuestra causa.

Pero se marcharon, todavía armados. La mayoría abandonó Barcelona y probablemente muchos acabaron reincorporándose al Ejército regular: el Ejército de Franco. Era su profesión. Nos habían engañado.

Pero aquello marcó el final del intento del Ejército por apoderarse de nuestra ciudad. Al caer la noche aún hubo combates esporádicos contra simpatizantes falangistas y otros elementos de derechas, pero el Ejército ya estaba fuera de juego. Cuando los rebeldes civiles supieron del derrumbe del Ejército, perdieron las ganas de seguir luchando. Barcelona era nuestra en menos de veinticuatro horas.

El punto de inflexión había llegado cuando Manuel arrastró aquel viejo cañón del 75 hasta los soportales y voló el nido de ametralladoras. Una vez se rindió el Capitán General ya no quedaba nadie para dar órdenes. Tampoco quedaba ningún oficial de alto rango con voluntad ni coraje suficientes para enfrentarse a toda una ciudad.

Volví a casa.

Ya había sido bautizado por el combate. Había disparado; quizá había matado. Había presenciado escenas terribles que no quería volver a ver jamás. Pero Barcelona era nuestra, pertenecía al pueblo.

Estaba demasiado agotado para dormir y la san-

gre me hervía en las venas. A mitad de la noche cogí mi fusil y salí a caminar por la ciudad. Había mucha gente a la que conocía de años de luchas sindicales haciendo lo mismo.

—¡Salud! —gritaban al cruzarse conmigo.

Aquí y allá ardían incendios. Los bomberos recorrían las calles a toda velocidad con las campanas sonando sin parar. Algunos saqueadores habían prendido fuego a tiendas, almacenes e incluso a casas particulares pertenecientes a conocidos falangistas o políticos de derechas. Los bomberos intentaban salvar las obras de arte de una de las iglesias.

Muchos jóvenes bailaban en las plazas, cantando, golpeando el suelo con los pies y riendo.

—¡Barcelona es nuestra! —gritaban mientras yo pasaba.

Y aquella noche, por primera vez, parecía que realmente lo era.



19 DE JULIO EN BARCELONA

Tranquillo (Giuseppe Ruozzi)

Giuseppe Ruozzi fue un militante anarquista italiano, conocido sobre todo por el seudónimo *Tranquillo*. Ruozzi formaba parte de la colonia de antifascistas italianos refugiados en Barcelona antes incluso del estallido de la Guerra Civil. Fue junto a otros anarquistas italianos exiliados activo en propaganda antifascista y en redes clandestinas contra el régimen de Benito Mussolini. Como se percibe en el texto, participó en el movimiento anarquista ligado a la Revolución social de 1936. (*N. de lxs E.*).



Durante mucho tiempo, los altos mandos del Ejército habían urdido una vasta conspiración contra la República con el objetivo de instaurar una dictadura fascista y monárquica. No está claro por qué el Gobierno se dejó sorprender por un golpe de Estado que estuvo a punto de pulverizarlo. Lo cierto es que el Gobierno conocía estas actividades más o menos clandestinas, pero no quiso o no supo adoptar las medidas necesarias. Detuvo a algunos fascistas de segunda o tercera fila, pero dejó tranquilos a los dirigentes.

La muerte de Sotelo, diputado monárquico y fascista, fue la chispa que proporcionó a los conspiradores el pretexto para lanzar el golpe que llevaban mucho tiempo preparando. El Gobierno había realizado algunos traslados entre los altos mandos del Ejército, pero por una parte no puso a los *sospechosos* en una situación que les impidiera causar daño y, por otra, los sustituyó por otros personajes de la misma especie. Así, unos y otros pudieron continuar tranquilamente sus preparativos.

Cuando estalló la sublevación, al Gobierno no le quedó más remedio que entregar algunas armas —mu-

chas de ellas anticuadas— al frente antifascista improvisado a última hora.

La sublevación militar comenzó en Marruecos, pero también en la propia España se venía respirando desde hacía días. Durante varias noches, los partidos y organizaciones subversivas permanecieron alerta y armados en las sedes de sus respectivas organizaciones. Así, el amanecer del 19 de julio, con el estruendo de los cañonazos, el tableteo de las ametralladoras y el crepitar de los fusiles, no sorprendió a nadie; incluso quizá provocó cierta alegría entre sectores de la clase media que creían vislumbrar por fin el final de una agitación obrera que se volvía cada día más intransigente.

Las sirenas de las fábricas llamaban a las fuerzas proletarias a las armas. Barcelona había adquirido el aspecto de una ciudad en guerra. No circulaban tranvías ni vehículos. Todas las tiendas estaban cerradas. Solo había gente armada en las calles. Desde ventanas y balcones, numerosos curiosos seguían el desarrollo de los combates entre el humo de los cañones y la trayectoria de los aviones que arrojaban bombas sobre los cuarteles sublevados.

En los portales se formaban pequeños grupos que se dispersaban al primer disparo de los fascistas apostados tras las ventanas. Los más audaces se reunían alrededor de pequeños grupos de revolucionarios armados con viejos fusiles y pistolas. En cuanto aparecía un camión cargado de armas, hombres, mujeres y muchachos, la

gente corría hacia él y se disputaba las armas. Los Guardias de Asalto se mezclaban con los compañeros de la Confederación y de la Federación Anarquista.

Los primeros soldados que salieron a la calle por orden de los fascistas fueron los del cuartel de Pedralbes. Llegaron casi sin oposición hasta Plaza Catalunya, el lugar más céntrico de la ciudad, donde se concentraban las riquezas de la burguesía. Allí se encontraba la central telefónica y, cerca de ella, la Jefatura de Policía, la gran Vía Laietana que conduce al mar, los cuarteles de la Capitania General, el nuevo distrito militar y los grandes cuarteles y arsenal de Atarassanes, que anarquistas y sindicalistas habían intentado asaltar inútilmente la noche del 8 de enero de 1933.

Aquellas tropas debían reunirse con otras procedentes de los cuarteles de artillería del Parque. Pero la unión no pudo producirse debido a la rápida reacción popular. Aun así, los soldados —mal equipados y desorganizados— que habían llegado a Plaza Catalunya instalaron ametralladoras y cañones, y fusilaron inmediatamente a los primeros prisioneros que capturaron, agrupándolos en plena plaza a modo de escarmiento.

Grupos revolucionarios de todas las tendencias se alinearon contra aquellos soldados, mezclados con la Guardia Civil, los Guardias de Asalto, carabineros, los mossos d'esquadra y la policía municipal armada.

Los soldados, que llevaban tres días alimentados con vino, licores y discursos patrióticos destinados a convencerlos de que debían combatir a la chusma que se había levantado para derribar la República, cuando vieron que las fuerzas regulares republicanas luchaban junto al pueblo comprendieron que habían sido engañados; la resistencia comenzó a debilitarse y las tropas terminaron por desobedecer las órdenes de sus mandos, que tuvieron que refugiarse en el Hotel Colón donde, tras un intento fallido de atrincherarse, fueron hechos prisioneros.

Al mismo tiempo se atacaron diversos cuarteles: los de Atarassanes —donde el compañero Ascaso encontró una muerte gloriosa—, los de la Barceloneta, los del Parque y los de Sant Agustí. En la Barceloneta fueron capturados cinco cañones.

En estas acciones todos combatieron con actitud: desde los militantes de Esquerra hasta los socialistas, desde los comunistas hasta los anarquistas, desde los Guardias de Asalto hasta los guardias civiles. Resultaba casi asombroso ver a policías y anarquistas luchando juntos en medio del combate, o viajando en los mismos coches bajo banderas rojas y con las seis letras —CNT y FAI— pintadas en los vehículos. Y escuchar a los Guardias de Asalto gritar «¡Viva la CNT y la FAI!» parecía algo de otro mundo. Pero las revoluciones son así.

Un pueblo en armas encuentra a todos sus hijos. La fraternización fue completa. En los fusiles se llevaba la escarapela roja y negra. La contraseña era: CNT. Los

salvoconductos debían llevar su sello. En los momentos de respiro, todos los combatientes confraternizaban en los comedores colectivos de la Confederación y del Frente Popular, pues la huelga general continuó hasta el viernes siguiente. Policías y carabineros dedicaban elogios casi piadosos a los combatientes anarquistas por su valor en la lucha y brindaban junto a ellos.

La asfixia del movimiento fascista en Barcelona costó mucha sangre proletaria, pero el fascismo no había terminado.

Los combates más duros fueron los del domingo y el lunes; se luchaba por todas partes. Los fascistas escondidos en conventos y campanarios de iglesias ametrallaban a cualquiera que se pusiera a tiro, combatientes o no, e incluso a la Cruz Roja, por lo que los revolucionarios tuvieron que desalojarlos usando bombas. Las víctimas fueron numerosas.

Un hombre gravemente herido tuvo que permanecer tendido en el suelo durante largas horas sin recibir ayuda porque las enfermeras del hospital cercano eran tiroteadas desde las ventanas de un convento y tuvieron que suspender el rescate. El pueblo acabó perdiendo la paciencia y prendió fuego a conventos e iglesias. La catedral se salvó, pero el palacio episcopal fue incendiado.

El fuego purificador duró varios días, mientras continuaba la alegría popular. Al menos nueve décimas partes de las iglesias y conventos de Barcelona no son ahora más que ruinas.

Se calcula que nuestros muertos rondan los quinientos y los heridos varios miles. Son muchos, pero sin duda habrían sido más si los propios soldados no se hubieran rebelado contra las órdenes de sus oficiales en muchos barrios. En otros lugares combatieron sin entusiasmo y no se esforzaron tanto como podrían haberlo hecho.

Aun así, hizo falta una enorme concentración de fuerzas antifascistas para desalojar al fascismo de sus posiciones. Y todavía no estaba derrotado en todas partes. Zaragoza, Toledo, Sevilla y muchos otros lugares de España seguían infestados por ellos.

Miles de voluntarios partían desde Barcelona contra los fascistas de Zaragoza, y también desde Madrid hacia otros frentes.

Los bombardeos aéreos contribuyeron enormemente a la victoria del antifascismo en Barcelona.

Los militantes de la CNT y la FAI destacaron especialmente en los combates callejeros, tanto por su número como por su determinación. Estas organizaciones fueron siempre las que tomaron la iniciativa.

Muchos altos oficiales y subordinados pagaron el precio de su traición.

Los anarquistas no querían que esta cuenta siguiera sin saldarse por más tiempo. Demasiados muertos habían quedado ya tendidos en el suelo, y, en represalia, el enemigo había sido atroz.

Incluso los sacerdotes y frailes no tuvieron piedad, ametrallando al pueblo desde sus conventos e iglesias. En el extranjero podrán decir lo que quieran, pero fueron precisamente los monárquicos, los fascistas y los curas quienes atacaron primero, y es justo que el pueblo descargue sobre ellos su venganza. Es una lástima que los cuarteles no corrieran la misma suerte que las iglesias, pequeñas iglesias y conventos, de los que apenas quedan más que los muros exteriores derruidos.

Ahora la batalla se concentra alrededor de Zaragoza, donde unos diez mil fascistas organizados militarmente, junto con la población movilizada, se defienden ferozmente. Igualmente peligrosos son los otros centros de concentración fascista, pero el pueblo reacciona en todas partes. Están surgiendo nuevos grupos de defensa por doquier, y todo el mundo coincide en la determinación de no dejarse desarmar nunca más.

¿Será posible imponer esto? Ciertamente, el gobierno empieza a mostrar el malestar en el que se encuentra ante un pueblo armado. En Madrid ha decretado la prohibición de circular en coches armados y que los ciudadanos armados están obligados a permanecer dentro de los cuarteles.

Esperemos que estos trabajadores sepan imponerse.

En Barcelona está a punto de ocurrir algo parecido. Yo mismo he visto a las autoridades desarmar a dos

compañeros que no tenían otro título que el carné de la CNT. Antes eso bastaba para ir armado; ahora ya no es suficiente. Los compañeros también deben declarar sus propias armas al sindicato.

La voluntad de no dejarse quitar las armas existe, y es una buena señal. Sin embargo, está claro que quienes están en el poder insisten en que debe terminar la confraternización entre las fuerzas policiales y los revolucionarios, especialmente anarquistas y sindicalistas. Ahora los cuerpos que representan a las autoridades constituidas viajan por separado. Seguimos saludando al comunista con el puño en alto, pero se ha vuelto extremadamente raro que miembros de las fuerzas policiales griten: «¡Viva la FAI y la CNT!».

Los colores rojo y negro han desaparecido, y también las iniciales de las dos organizaciones predominantes. La CNT ha reaccionado. El viernes, en los puestos de control, vi grupos de compañeros volver a pintar las ya famosas seis iniciales tan populares en los días de peligro.

También se nota que incluso los policías empiezan a mostrarse intolerantes ante los controles y los sellos de la Confederación. Pero los confederales insisten en ello.

El ardor del pueblo no ha disminuido. Esperamos que no se conformen con el nuevo programa del Frente Popular, que más o menos es el aprobado por el Congreso de Zaragoza. El fascismo aún debe ser derro-

tado, pero la derrota del fascismo no debe ser más que el comienzo de una luminosa era de libertad y bienestar.

Barcelona, 26 de julio de 1936.
L'Adunata dei Refrattari #33 vol. xv.¹

1. Periódico anarquista en lengua italiana publicado en Nueva York entre 1922 y 1971 por anarquistas italianxs exiliadxs, muchxs de ellxs huidxs del fascismo de Benito Mussolini. El nombre puede traducirse como «Reunión de los refractarios» o «de los rebeldes/insumisos». Estaba vinculado al entorno anarquista influido por Luigi Galleani, conocido por defender una línea insurreccional y profundamente antiinstitucional. Sus lectores y colaboradores eran en gran parte obreros italianos en Estados Unidos. Era ferozmente antifascista, pero también muy crítico con el comunismo soviético y con cualquier forma de autoridad estatal. Defendía el anarquismo revolucionario, la acción directa y el internacionalismo. Publicaba análisis políticos, textos teóricos, poesía, recuerdos de militantes y noticias sobre luchas obreras. Tuvo mucha influencia en redes anarquistas italianas de Europa y Estados Unidos. El entorno de *L'Adunata dei Refrattari* estuvo muy ligado a la campaña internacional por Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, los dos anarquistas ejecutados en Estados Unidos en 1927. El periódico ayudó a difundir su defensa y convirtió el caso en un símbolo mundial de represión contra migrantes y revolucionarios. (*N. de lxs E.*).



CARTAS DESDE ESPAÑA

Vedetta



Los acontecimientos de los últimos días han alarmado a las grandes potencias europeas y estadounidenses, que han enviado decenas de buques de guerra a las aguas de la península con el pretexto de salvar a sus compatriotas. En realidad, sus compatriotas no corren ningún peligro, aunque algunos de ellos no son ajenos al complot fascista.

Pero ni los buques de guerra de todo el mundo burgués, ni las cabras que el gobierno fascista de Italia envía a los mercenarios de Franco, ni los aviones y aviadores que le proporciona el gobierno de Hitler intimidan al pueblo ibérico, que confía en su victoria.

Los jóvenes parten hacia el frente de Zaragoza alegres y satisfechos, llenos de ardor y entusiasmo, aunque pobremente armados. La victoria final no puede faltar.

La lucha es muy dura. Solo en Zaragoza, el ejército fascista cuenta con once regimientos equipados con el armamento más moderno. En el resto de España la guerra se extiende por un vasto territorio, con puntos avanzados

que llegan hasta unas pocas decenas de kilómetros de Madrid.

Desgraciadamente, hay que señalar que, mientras el pueblo entero es un impulso de audacia y abnegación, el gobierno se preocupa más por su propio prestigio que por la libertad del pueblo español.

Mientras el enemigo se encuentra a una jornada de marcha de la capital, el gobierno solo piensa en desarmar al pueblo y mantiene encerrados en sus prisiones a ciudadanos antifascistas por razones políticas. En Madrid ya no está permitido ir armado. En Barcelona, las autoridades preparan algo bastante parecido. Los coches armados se han vuelto raros y deben ser autorizados mediante permisos especiales. Un carné de la CNT ya no basta para llevar un fusil o un revólver: hay que pertenecer a la milicia antifascista, que no solo combate en el frente, sino que también desempeña funciones de seguridad pública en el *nuevo orden revolucionario*. Esquerra, socialistas y comunistas ya realizan este servicio con un aire marcial que despertaría la envidia de los policías profesionales. Los miembros de la CNT y de la FAI, a pesar de las exhortaciones y la propaganda de ciertos dirigentes, han hecho prevalecer el sentido común y se limitarán a buscar y desarmar a los fascistas y a los enemigos del régimen republicano.

No acababa de entender qué se quería decir con este *orden revolucionario* decretado por el Comité Antifas-

cista. Por el momento, lo que se está defendiendo es el orden burgués y la propiedad.

El mendigo que se atreve a coger un par de zapatos o una camisa es fusilado, mientras que el capitalista y el patrón, a quienes hasta ayer se llamaba ladrones y explotadores, son respetados.

Además, el orden actual existe solo de nombre.

Ahora se dice que el problema más urgente es derrotar al fascismo y que ya se hablará más adelante del resto. Y eso está muy bien. Pero tanto para derrotar al fascismo como para lo que venga después, el pueblo debe estar armado. Sin embargo, se intenta desarmarlo. La formación de cuerpos de milicias antifascistas regimentadas y sometidas a disciplina militar no es una forma de pueblo armado; es, más bien, uno de los aspectos del desarme del pueblo al que se aspira. La jerarquía militar, la disciplina, el uniforme, los cuarteles, etc., arrebatan a la gente su carácter revolucionario para darle el de soldado. El proletariado deja de ser un pueblo en armas y se convierte en un ejército a las órdenes de un mando cuya fuente es el Estado.

Igual que en Rusia los dictadores socialcomunistas gustan de vestir uniforme militar como los pretorianos de cualquier monarquía o dictadura burguesa, ya vemos a los dirigentes de las Milicias Antifascistas exhibiendo gorra de cuartel y chaqueta de soldado.

Un pueblo en armas significa que todos poseen,

individual y colectivamente, las armas necesarias para defender su propia libertad y su propio derecho, sin por ello renunciar a su condición de productores. Los trabajadores españoles no necesitaron pasar por el aprendizaje de los cuarteles para derrotar la conspiración fascista en Barcelona, en Madrid y en muchas otras ciudades. Ahora, en cambio, las cosas están cambiando. Aquí, para ir armado, ya no basta siquiera con el carné de la CNT; hay que estar enrolado en la Milicia y fijar residencia en los cuarteles. Quienes vuelven al trabajo pierden el derecho a portar armas. No solo se está desarmando al proletariado, sino que además se quiere separar al proletario productor del proletario combatiente.

Un pueblo en armas da miedo, sobre todo a quienes recogen los frutos de su entusiasmo. Y las barricadas son una pesadilla para quienes gobiernan. Los comités están cediendo terreno a las exigencias de los gobernantes del Frente Popular. Pero, afortunadamente, los militantes de cada partido se niegan todavía a ceder y las barricadas permanecen.

En cuanto comenzó la lucha, el 19 de julio, se puso en práctica una especie de comunismo anárquico. El primer día, domingo, ni siquiera fue necesario requisar lo necesario para alimentar a los combatientes. Todo el mundo llevaba espontáneamente pan, carne, embutidos, fruta, huevos, aceite y todo lo que hacía falta. Eso duró dos días. Fue un espléndido ejemplo de solidaridad.

Después comenzaron las expropiaciones forzosas y todos comían en las cocinas comunales. Con un poco de buena voluntad se habría podido continuar por ese camino. En cambio, justo cuando la victoria empezaba a consolidarse —hablo de Barcelona— se decidió *restablecer el orden público*: empezaron a utilizarse vales, el oficialismo quiso regularlo todo para todos, comenzaron las discordias y, en lugar de expropiaciones, hubo requisas gubernamentales compensadas mediante vales. La experiencia de las revoluciones pasadas enseña que esos vales valen muy poco para quienes los reciben, pero crean una montaña de problemas para el gobierno responsable de ellos.

Mientras tanto, sirven para mantener el sistema legal de la propiedad privada.

Al principio se decretó que el pueblo podía recuperar gratuitamente los objetos empeñados en los montes de piedad. Antes de que comenzaran las devoluciones, un nuevo decreto excluyó los objetos de oro, las joyas y los títulos comerciales. Finalmente, después de que los periódicos hubieran dado la noticia con júbilo a la población, el gobierno anunció que nunca se había decretado tal cosa.

La población, por tanto, sigue teniendo asegurado el pan. A la CNT se le ha encargado distribuir vales para restaurantes, cocinas económicas o alimentos en especie a los desempleados. La milicia antifascista continúa aplicando requisas mediante vales.

Al contrario de lo que ocurrió en Madrid, tanto los presos políticos como los presos comunes fueron liberados en Barcelona desde la tarde del domingo 19 de julio. Fueron liberados por los propios guardias, que abrieron de par en par las puertas de las cárceles; y muchos de los liberados, incluidos algunos presos comunes, tomaron valientemente las armas y participaron en los primeros enfrentamientos.

Solo que, una vez pasado el peligro, empiezan a aparecer síntomas alarmantes. A partir de las noticias que nos llegan, con cierta frecuencia, sobre actos de vandalismo, fraude o extorsión realizados incluso en nombre de la CNT y de la FAI, esta última organización, la Federación Anarquista Ibérica, publicó en el periódico *Tierra y Libertad* del 30 de julio —y mandó pegar y distribuir miles de copias por toda la ciudad— un cartel que parecería redactado en una comisaría y que constituye una declaración de guerra contra los pequeños y grandes delincuentes en cuestión, para quienes se impone sin duda la pena de muerte por fusilamiento. Ahora bien, por deplorables que sean los actos denunciados, me parece que el remedio propuesto por la FAI en su manifiesto es aún más deplorable. Mientras algunos ilustres autores de la conspiración fascista permanecen detenidos a bordo de vapores anclados en el puerto, en camarotes de primera clase, me parece exagerado e inhumano fusilar a pequeños ladrones que causan un daño infinitamente menor.

Entiéndase bien: no definiendo el saqueo realizado únicamente por motivos personales, ni a esos desgraciados que, arma en mano, obligan a gente pobre a entregar cincuenta o cien pesetas; pero no pido para ellos la pena de muerte y considero anti-anarquista redactar decretos de este tipo. El plomo debe reservarse para los enemigos y, en lugar de ser inexorables con los miserables que hacen el mal porque son víctimas de la ignorancia y la pobreza, deberíamos reservar nuestra furia para el régimen que los genera.

Implacables contra las instituciones viciosas de un orden basado en el privilegio, deberíamos dirigir nuestras invectivas contra quienes lo defienden y lo exacerbaban, antes que contra quienes son sus víctimas. Heraldos de un orden nuevo, más justo y más equitativo, el oficio de verdugo debería repugnarnos. Debemos dar a la palabra justicia el significado y el contenido elevado que constituyen la esencia de nuestro ideal. Por lo que sigue, espero que los compañeros puedan hacerse una idea de la situación en este momento. Los acontecimientos suceden y se superponen con gran rapidez, y cuando estas líneas vean la luz la situación puede haber cambiado.

Hasta ahora, la Revolución social sigue existiendo más en las palabras que en los hechos. Hay una guerra a muerte contra el fascismo. Lo combaten y lo enfrentan junto al gobierno gente de todos los partidos de izquierda, y los enormes obstáculos con que tropiezan muestran

hasta qué punto seguían arraigados los intereses y las castas de la reacción, también en este país. Es una guerra sagrada para cuya victoria es necesario apelar a todas las fuerzas audaces. El éxito estará más próximo y será más duradero cuanto más ampliamente se hayan satisfecho las aspiraciones del pueblo al alcanzarlo. Por el contrario, ya vemos los síntomas de una desconfianza gubernamental inflexible hacia el pueblo, con los primeros intentos de desarme y regimentación.

Estos síntomas persistentes anuncian las dificultades que surgirán tan pronto como el enemigo haya sido finalmente derrotado.

Es de esperar que los trabajadores sepan resistir los intentos de opresión gubernamental, asegurando las armas con las que se defendieron del fascismo y con las que deberán completar su emancipación.

L'Adunata dei Refrattari #34 vol. xv.

29 de agosto de 1936.



Queda la terrible cuestión de vida o muerte, pero no es más una guerra de afirmación de un nuevo régimen o de una nueva humanidad. Se diría que todo no está todavía perdido, pero en realidad está todo amenazado y comprometido y los nuestros tienen un lenguaje de claudicadores, el mismo que tenía el socialismo italiano ante el avance del fascismo: «¡Cuidado con las provocaciones!», «¡Calma y serenidad!», «¡Orden y disciplina!» Todas las cosas que prácticamente se resumen en: dejar hacer.

CAMILO BERNERI.

Carta abierta a la compañera Federica Montseny.

Abril de 1937



A LA VIDA ES NECESARIO BRINDARLE LA
ELEVACIÓN EXQUISITA DE LA REBELIÓN DEL BRAZO Y DE LA MENTE

Prometeo_ediciones@riseup.net

Los tres textos que leerás a continuación fueron escritos en los primeros días de la revolución y la guerra social iniciadas en julio de 1936. Lejos de ofrecer una mirada retrospectiva o académica, transmiten la inmediatez de quienes vivieron aquellos acontecimientos en pleno desarrollo, entre la euforia insurreccional, la derrota parcial del golpe militar y las primeras tensiones en el seno del campo antifascista.

Las crónicas de Miguel García García, *Tranquillo* —Giuseppe Ruozzi— y *Vedetta* muestran distintas sensibilidades del movimiento anarquista, pero comparten una misma preocupación: que la lucha contra el fascismo no se reduzca a la defensa del orden republicano existente, sino que abra el camino hacia una transformación revolucionaria de la sociedad. En ellas aparecen ya cuestiones que atravesarán toda la experiencia revolucionaria en el territorio: el problema del pueblo armado, la militarización de las milicias, la relación entre revolución y guerra, el papel del Estado y las contradicciones del Frente Popular. [...]

Anarquistas de Prometeo.
Verano de 2026